

Las Investigaciones Filosóficas y el posmarxismo: usos de la filosofía de Wittgenstein en la obra de Laclau y Mouffe

*Philosophical Investigations and Post-Marxism: Uses of Wittgenstein's
Philosophy in the Theory of Laclau and Mouffe*

Agustina Victoria Arrigorriá *

Fecha de Recepción: 07/11/2022

Fecha de Aceptación: 31/05/2023

Resumen: Según Laclau y Mouffe, la enseñanza wittgensteiniana sobre la normatividad semántica, que revela la aplicación de una regla como parte intrínseca de la misma, ha brindado la clave deconstructiva para reformular las categorías centrales del marxismo permitiendo el surgimiento de la teoría posmarxista. Las Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein con su idea de juegos de lenguaje, la inexistencia del lenguaje privado y la configuración social del mismo han permitido al posmarxismo desarrollar la categoría de discurso, y junto a ella, una nueva comprensión de lo social. Siguiendo los criterios otorgados por Jean Jacques Lecercle para la construcción de una filosofía marxista del lenguaje, intentaré mostrar cómo la filosofía de Wittgenstein y el posmarxismo, por influencia de aquel, cumple con los requisitos para desarrollar una semántica contraria a la dominante.

Palabras clave: Ludwig Wittgenstein - filosofía marxista del lenguaje - Ernesto Laclau - Chantal Mouffe - Jean-Jacques Lecercle

Abstract: According to Laclau and Mouffe, the wittgensteinian teaching on semantic normativity, which reveals the application of a rule as an intrinsic part of it, has provided the deconstructive key to reformulate the central categories of marxism, allowing the emergence of post-Marxist theory. Wittgenstein's Philosophical Investigations with his idea of language games, the non-existence of private language and its social

* Licenciada y Profesora de Educación Media y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestranda en Teoría Política y social (UBA). Correo electrónico: agus.arrigorria@gmail.com

configuration have allowed post-Marxism to develop the category of discourse, and along with it, a new understanding of the social. Following the criteria given by Jean Jacques Lecercle for the construction of a Marxist philosophy of language, I will try to show how Wittgenstein's philosophy and post-Marxism, influenced by it, meet the requirements to develop a semantics contrary to the dominant one.

Keywords: *Ludwig Wittgenstein - Marxist philosophy of language - Ernesto Laclau - Chantal Mouffe - Jean-Jacques Lecercle*

En su libro *A marxist philosophy of language* (2006) Jean-Jacques Lecercle propone el desarrollo de una filosofía del lenguaje marxista capaz de resistir y combatir a la filosofía del lenguaje dominante. A su propuesta podría agregarse una aclaración: una filosofía que cumpliera con los principios propuestos por el autor no sería una filosofía marxista cualquiera, puesto que el mismo Marx no se habría ajustado totalmente a la misma, sino una filosofía bajo una perspectiva particular del marxismo, atravesada por la deconstrucción, el posfundacionismo y el giro lingüístico, tal vez, podría decirse, una auténtica filosofía posmarxista del lenguaje.

En este contexto, el prefijo *post* del posmarxismo, no debería entenderse como la negación del marxismo por aquello que viene después, sino por una superación que contiene al marxismo y lo *aggiorna*, si se me permite la expresión, a la caída de los fundamentos metafísicos trascendentes efectuada durante el transcurso del siglo XX en la historia de la filosofía occidental. En *Posmarxismo sin pedido de disculpas*, Laclau y Mouffe sostienen que el pensamiento contemporáneo consiste en el intento de comprender históricamente el ser a través del antiesencialismo metafísico, así, un marxismo contemporáneo será un marxismo adaptado a la actualidad de la filosofía y la política, distanciado del esencialismo y de la valoración de fundamentos trascendentes. Según ellos, el posmarxismo supone tres elementos de innovación respecto del marxismo tradicional: el indeterminismo y el constructivismo de lo social

propios de la teoría del discurso, la dislocación de las categorías de antagonismo y agente social, y la comprensión del socialismo como un modo de la revolución democrática (Laclau y Mouffe, 1990, p. 145).

Los elementos creativos del posmarxismo no pueden ser sino productos del giro lingüístico: la teoría del discurso adhiere a los principios de indeterminación ontológica y semántica que sustentan el constructivismo para el cual el significado sería socialmente creado, por ende, contingente y dislocado. El antagonismo, como elemento que lucha por el establecimiento y la subversión permanentemente del significado, comprende a los agentes como sujetos que construyen su identidad y capacidad política discursivamente y a la sociedad como un espacio de significación atravesado por el conflicto y la escisión. Caracterizado de tal modo, el posmarxismo no debería considerarse un no-marxismo sino un marxismo filosóficamente *aggiornado*, depurado del esencialismo metafísico subyacente a la concepción tradicional de determinación estructural, la identidad de clase establecida con anterioridad, la noción de alienación como distorsión de una realidad fijamente instituida, el orden teleológico de los modos de producción y su ordenación histórica unidireccional en función de una realización última y la matriz intelectual eurocentrista. Así, esta corriente filosófica se presenta como una profundización del marxismo a través del psicoanálisis, la analítica existencial y el giro lingüístico, entre otras influencias de la filosofía del siglo XX.

Así se aclara un primer sentido de nuestro posmarxismo. Él consiste en profundizar ese momento relacional que Marx, pensando desde una matriz hegeliana y, en todo caso, propia del siglo XIX, no podía desarrollar más allá de un cierto punto. En una era en que el psicoanálisis ha mostrado que la acción del inconsciente hace ambigua a toda significación, en que el desarrollo de la lingüística estructural nos ha permitido entender mejor el funcionamiento de identidades puramente relacionales, en que la transformación del pensamiento —de Nietzsche a Heidegger, del pragmatismo a Wittgenstein— ha socavado decisivamente al esencialismo filosófico, podemos reformular el programa

materialista de un modo mucho más radical de lo que era posible para Marx. (Laclau y Mouffe, 1990, p. 127).

Y es Wittgenstein, entre todos estos autores influyentes, el autor que quisiera presentar en este trabajo como una pieza fundamental para la construcción de una filosofía del lenguaje posmarxista discursivista (Ives, 2005, p. 460), o al menos contraria a la semántica dominante. Siguiendo la pista que los mismos Laclau y Mouffe nos ofrecen, intentaré demostrar la importancia de la filosofía del lenguaje del pensador austriaco para la construcción de una teoría política contraria a la dominante, puesto que el rechazo de la concepción apriorística de las reglas como portadoras de una racionalidad necesaria y anterior a su aplicación ha servido al posmarxismo para repensar aquellos elementos conflictivos de la ortodoxia marxista y adherir al concepto de *dislocación*, cuyo resultado sería una concepción abierta de la historia, la sobredeterminación de lo social por instancias no reductibles a la economía, el antiesencialismo identitario, el análisis de lo social a través de la contingencia y el abandono de las ideas trascendentales. En sus palabras:

Sabemos, por Wittgenstein, que no hay algo como la “aplicación de una regla” —la instancia de la aplicación es parte de la propia regla—. Releer la teoría marxista a la luz de los problemas contemporáneos implica necesariamente deconstruir las categorías centrales de esa teoría. Esto es lo que ha sido denominado “posmarxismo”. (Laclau y Mouffe, 2015, p. 9)

A lo largo de este trabajo, presentaré los aportes de la filosofía wittgensteiniana a la teoría posmarxista a través de sus elementos más destacables para la reflexión y construcción de una política contraria a la dominante. Para ello, seguiré el itinerario brindado por Lecercle a través de sus seis principios para la construcción de una filosofía del lenguaje marxista, mostrando cómo el indeterminismo semántico de Wittgenstein cumple con ellos y cómo la propuesta de Laclau y Mouffe recupera dichos

aportes.

Dado que, como el mismísimo Wittgenstein ha demostrado, el lenguaje no constituye un epifenómeno de una realidad ulterior sino que las formas de vida y el lenguaje están íntimamente imbricados, considero relevante para la teoría política realizar una consideración epistémica sobre la teoría semántica y cómo la adopción de determinados enfoques sobre la misma tienen consecuencias concretas para pensar la forma de vida comunitaria. El aporte de Lecercle, que a mi juicio aporta inmensa claridad para pensar los términos para la construcción de una teoría semántica dominante y otra contraria a ella, guiará este trabajo iluminando los aspectos que estimo más relevantes sobre la filosofía de Wittgenstein y su impacto para la empresa posmarxista.

Cómo pensar una filosofía (pos)marxista del lenguaje

Según Lecercle, la filosofía del lenguaje dominante se basa en seis principios que, adhiriendo a ellos, dificultarían la comprensión y generación de cambios políticos relevantes, a los cuales opone otros seis para construir una filosofía marxista del lenguaje. En el presente apartado, expondré los primeros seis principios y, en oposición a ellos, los segundos seis. En los apartados siguientes, retomaré las categorías lecercleanas para mostrar los elementos de la obra de Wittgenstein que se ajustan a dicho objetivo y cómo su influencia puede habilitar la expresión de estos seis contraprincipios realizada por Laclau y Mouffe.

Los seis principios promovidos por la filosofía del lenguaje dominante, según Lecercle (2006, pp. 67-69), son:

1. El *principio de inmanencia*, que distingue entre lingüística interna y externa y sostiene que el lenguaje puede y debe estudiarse separado del resto de los fenómenos: según este principio, la ciencia lingüística debe comprender el funcionamiento de la lengua abstrayéndola de toda relación con el mundo. Según Lecercle, la lingüística interna no ignora el contexto mundano, sino que lo excluye deliberadamente.

2. El *principio de funcionalidad*, que sostiene que el lenguaje opera a través de diversas funciones, donde la principal es permitir el intercambio informativo: para la filosofía dominante, la lengua tiene funciones referenciales, fácticas, conativas, emotivas, poéticas, metalingüísticas y comunicacionales, pero el intercambio informacional propio de la primera constituye la función primordial puesto que, según dicha concepción, la lengua es un instrumento a disposición de los hablantes para hablar, informar y comunicar a voluntad.

3. El *principio de transparencia*, que exige que la lengua se adapte a la transmisión fácil y eficiente de información: el lenguaje tendría la capacidad de invisibilizar sus normas y reglas gramaticales; usarlo de esta manera, relegando los artilugios retóricos y poéticos a momentos particulares y marginales del uso lingüístico, facilitaría la transmisión informativa.

4. El *principio de idealidad*, que concibe la lengua como un sistema ideal abstracto: incluso si la lengua se inscribiera materialmente en la facticidad o en la biología, su existencia sería ideal; por este motivo, la tarea lingüística según la filosofía dominante debería consistir en reconstrucción de dicho sistema ideal.

5. El *principio de sistematicidad*, que comprende la lengua como un código fijo o un conjunto de reglas, cuya relevancia estaría en su sentido sistemático y no en su variabilidad: según este principio, lo relevante para el estudio lingüístico no es la dimensión variable y caótica de la palabra sino la lengua sistemática organizada en niveles jerárquicos del sistema constituido por las reglas fonológicas, morfológicas, sintácticas y semánticas.

6. El *principio de sincronía*, que argumenta la ahistoricidad del lenguaje en tanto sistema y la importancia de estudiar su fijeza frente al cambio lingüístico: dicho principio no niega el cambio semántico, sino la posibilidad de estudiarlo fuera del presente ahistórico como sección esencial, por eso, para su estudio se promueven conceptos como sincronía y diacronía lingüística, donde el primero representaría el momento ideal y abstracto del análisis sistemático de la lengua y el segundo evidenciaría la transición de un momento hacia otro. Según Lecercle, este par

conceptual, análogamente al resto de las dicotomías filosóficas, jerarquizaría uno de los polos, en este caso, la sincronía, en desmedro del otro.

Frente a estos seis principios que constituyen la filosofía del lenguaje dominante, Lecercle (2006, pp. 70-72) propone seis principios opuestos que considera útiles para elaborar una filosofía marxista del lenguaje, estos son:

1. El *principio de no inmanencia*, que sostiene la imposibilidad de separar el lenguaje del mundo del que emerge y del que es parte integrante: aquí, lo opuesto a la inmanencia no sería la trascendencia, puesto que a la filosofía marxista no le favorecería una concepción mística del lenguaje. Aquí, la idea de no inmanencia afirma la imposibilidad de disociación entre lenguaje y mundo, no existe una división entre la lengua y sus hablantes en la dimensión personal y la social, motivo por el cual debe comprenderse la lengua tal como se utiliza entre los hablantes de una comunidad.

2. El *principio de disfuncionalidad*, que afirma que el lenguaje no es un instrumento a disposición del orador para ser manipulado por él sino una experiencia y una actividad: la lengua no es un objeto distinto de los hablantes susceptible de ser manipulado por ellos. Algunas veces el lenguaje resulta dócil a la intención de los hablantes, pero otras veces, por ejemplo en los *lapses* con o sin sentido aparente, la lengua parece anteponerse o imponerse a la voluntad de significar. El lenguaje no sería solo la racionalidad subyacente a sus funciones asignadas, sino también un dispositivo afectivo.

3. El *principio de opacidad*, que revela como una ilusión la transparencia del lenguaje al entender que el hablante negocia sus expresiones con este: a pesar de la exigencia de transparencia a la que desee someterse al lenguaje, este nunca se invisibiliza. Los hablantes dicen lo que el lenguaje les permite decir, puesto que hablan con, pero también en contra, de la propia lengua.

4. El *principio de materialidad*, que sostiene la imposibilidad de disociar la lengua y su realización como discurso oral o actuación: un enunciado lingüístico siempre es más que un intercambio informativo porque se constituye como vector de poder, idea emparentada con lo que la teoría pragmatista de los actos de habla denomina

fuerza ilocutiva.

5. El *principio de sistematicidad parcial*, que muestra al lenguaje como un conjunto de subsistemas o sistemas parciales en constante variación: frente a la abstracción fetichista promovida por el principio dominante de sistematicidad que impone un cierre a la lengua hablada, una consideración contraria la comprendería en su apertura y constante mutación. El lenguaje no sería completamente caótico, pero tampoco sistemático, puesto que no es estable y no puede fijarse ahistóricamente.

6. El *principio de historicidad*, que postula que el lenguaje permanece abierto al cambio, dado que este conlleva la huella de un proceso de sedimentación histórica de reglas, convenciones, máximas y significados: el valor sincrónico de un marcador gramatical depende de su historia, puesto que el significado de los enunciados nunca es independiente de su contextos temporal, espacial y cultural.

En resumen, la propuesta de Lecercle para la construcción de una filosofía marxista del lenguaje adhiere a los principios de no inmanencia, disfuncionalidad, opacidad, materialidad, sistematicidad parcial e historicidad, frente a los principios de inmanencia, funcionalidad, transparencia, idealidad, sistematicidad y sincronía que caracterizarían a la filosofía del lenguaje dominante.

Es posible que la empresa del propio Marx no cumpliera con algunos de estos principios o que su adhesión a ellos fuese discutible, por lo que sugiero pensar los principios lecercleanos en relación a la teoría posmarxista para ver cómo, a través de la adopción del wittgensteinianismo, cumple con los mismos. La manera en que categorías como discurso, sobredeterminación, hegemonía e identificación rompen con los principios de inmanencia, funcionalidad, transparencia, idealidad, sistematicidad y sincronía, ubica, a mi modo de entender, al posmarxismo de Laclau y Mouffe dentro de una concepción semántica contraria a la dominante.

Por eso, en los apartados siguientes mostraré que los seis contraprincipios lecercleanos de no inmanencia, disfuncionalidad, opacidad, materialidad, sistematicidad parcial, e historicidad están presentes en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein y luego mostraré cómo éstos se expresan en la obra de Laclau y Mouffe.

Wittgenstein: un filósofo del lenguaje contrario a la semántica dominante

Podría decirse que, en los términos presentados por Lecercle, Wittgenstein ha sido un pensador de la filosofía dominante del lenguaje a causa del determinismo semántico, el logicismo y positivismo propios del *Tractatus logico-philosophicus* (1921), su ópera prima, pero también un pensador de la filosofía del lenguaje contraria a la dominante, como demuestran sus *Investigaciones Filosóficas* (1953), fundadoras del indeterminismo semántico.

Una aproximación cautelosa a la filosofía del austríaco debería distinguir ambos períodos de su pensamiento a fin de comprender lo que ha dado en llamarse comúnmente el “primer” Wittgenstein en oposición al “segundo”. La caracterización del “primer” Wittgenstein remite a la obra temprana del autor, signada por el determinismo lingüístico del *Tractatus*. Según esta teoría,¹ los significados se determinan por los objetos que denotan; en esta perspectiva, los objetos, en tanto referencias, fijarían el significado de las palabras y la realidad se encontraría necesariamente categorizada, de modo que el significado sería algo a descubrir. El *Tractatus* sostuvo esta posición a través de tres elementos: una tesis de las funciones de verdad por la cual la verdad de las oraciones depende de la verdad de sus correlatos, una teoría pictórica del significado que adhiere a la concepción iconográfica por la cual el lenguaje representaría la realidad como una pintura y la doctrina que distingue entre cosas que pueden ser dichas y otras que solo pueden mostrarse. Oponiéndose a su

¹ Dentro del determinismo semántico existen distintas concepciones en relación al referencialismo, es decir, distintas relaciones de representación entre el lenguaje y el mundo. Por un lado, existen concepciones *referencialistas puras* que sostienen que en el lenguaje hay ciertas expresiones cuyo significado es el objeto referido y el significado se agota en él; por otro lado, existen también concepciones *referencialistas moderadas* que sostienen que, aunque la referencia cumpla un rol relevante en la caracterización del significado de las expresiones del lenguaje, éstas nunca agotan el significado de ninguna expresión.

elaboración teórica anterior, el “segundo” Wittgenstein rompe con tales supuestos tractarianos. Para el indeterminismo semántico, corriente nacida con la publicación de las *Investigaciones Filosóficas*, los significados son contingentes y mutables, puesto que no guardan ninguna relación de necesidad y suficiencia con los objetos que denotan, sino que se configuran a través del intercambio practicado por los hablantes de una comunidad.

Para los propósitos del presente trabajo, solo me ocuparé de esta última etapa del pensamiento wittgensteiniano. En este apartado, intentaré realizar dos tareas: primero, realizaré una aproximación a las *Investigaciones Filosóficas*, luego mostraré cómo la obra del “segundo” Wittgenstein cumple con los requisitos lecercleanos para la construcción de una filosofía posmarxista del lenguaje.

En el segundo período de su obra, Piero Sraffa, economista italiano y amigo en común con Gramsci, habría acercado a Wittgenstein al constructivismo social. Según una famosa anécdota, Sraffa habría criticado la pretensión tractariana de capturar la significatividad lingüística en formas lógicas a través del chiste “¿cuál es la forma lógica de esto?”. Gracias a él, Wittgenstein tuvo una visión más antropológica del lenguaje y notó la importancia de las convenciones sociales para el significado de nuestras expresiones (Sen, 2003, p. 1242). Sraffa habría constituido un nexo entre el pensamiento wittgensteiniano y el gramsciano, puesto que algunos tópicos de los cuadernos de la cárcel de Gramsci se relacionan con las conversaciones entre el austríaco y él, incluyendo el rol de las reglas y convenciones y el alcance de lo que dió en llamarse la “filosofía del lenguaje ordinario” (Sen, 2003, pp. 1244-1245). Con el aporte de Sraffa y la crítica de Frank Ramsey a tesis tractariana según la cual la única necesidad sería la necesidad lógica (Penelas, 2020, p. 119), Wittgenstein arribó a una nueva consideración sobre el lenguaje en la cual el significado sería elaborado, fijado, mutado y eventualmente eliminado a través de relaciones sociales, y no existiría un lugar más allá de estas relaciones desde el cual sea posible observar o fijar el sentido, por lo cual este último siempre formaría parte de una *praxis* (La Licata, 2017, p. 3).

Abandonando el determinismo semántico y las tesis que, bajo el esquema de

Lecerle, podrían considerarse propias de la filosofía del lenguaje dominante, las *Investigaciones* atacan la postura determinista plasmada por Wittgenstein anteriormente en el *Tractatus*: por un lado, critican la concepción esencialista en que el lenguaje consistiría en nombrar entidades y combinar palabras, y, por otro lado, critican la concepción del aprendizaje lingüístico que se sigue de ella. Según Wittgenstein, el determinismo comete dos yerros: primero, simplifica la comprensión lingüística al no advertir la pluralidad y diversidad funcional de las palabras, tipos de oraciones y juegos de lenguaje; y segundo, al reducirlo a su función ostensiva, no comprende cómo los hablantes adquieren el lenguaje de forma significativa, puesto que, aun atendiendo a las operaciones de nominación o representación, el determinismo ignora la motivación y la acción que vuelve competente a un usuario del lenguaje.

En relación a la primera cuestión, el austríaco problematiza el énfasis en la aserción sobre la orden, la interrogación y otros usos, revelando la imposibilidad de catalogar todas las funciones lingüísticas. Por ejemplo, el significado de una nota de mandados cuya leyenda dice “cinco manzanas rojas” no denota el significado de las palabras sino un uso preciso de las mismas (Wittgenstein, 2009b, p. 17); de este modo, el autor alza una pregunta retórica: “¿Qué designan, pues, las palabras de este lenguaje? ¿Cómo debe mostrarse lo que designan si no es en su modo de uso?” (2009b, p. 25). Mostrando que el lenguaje no se agota en la aserción y que no es posible cercenar el significado a definiciones necesarias y rígidas, sino que el uso determina contextualmente de las palabras, Wittgenstein demuestra que es imposible clasificar todos los usos de la lengua (2009b, p. 37). La semántica no solo es diversa por la simultaneidad de usos actuales, sino que está constitutivamente abierta al tiempo:

Esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (...) La expresión «juego de lenguaje» debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. (Wittgenstein, 2009b, p. 37).

Impugnando el lenguaje como mera descripción y evidenciando la imposibilidad de definir el conjunto significante, Wittgenstein relaciona el lenguaje y las formas de vida. Su aporte no se reduce a la importancia del lenguaje en relación a los procesos sociales o a la postulación de la naturaleza social de los procesos de cambio conceptual, cuestión que ya era entendida en la epistemología y las ciencias sociales de su época: su innovación podría ser la consideración del cambio lingüístico ya no como *efecto* de procesos sociales externos sino directamente *como* procesos sociales en sí mismos. Los juegos de lenguaje se entrelazan con las formas de vida porque son moldeados por ellas, pero también las moldean y modifican.

En relación a la segunda cuestión, Wittgenstein sostiene que la definición ostensiva explica el significado de la palabra cuando ya se sabe qué uso tiene, puesto que uno debe saber algo para indagar por la denominación (2009b, p. 43) y ese “algo” es el uso, el contexto en que tiene sentido interrogar y comprender una respuesta sobre el significado, dado que “la definición ostensiva puede en todo caso ser interpretada de maneras diferentes” (2009b, p. 41).

Los *juegos de lenguaje*, concepto clave de las *Investigaciones*, reúnen un plexo de significaciones imposibles de definir por fuera de la imagen esquiva, metafórica, pero efectiva del juego. El autor no define necesaria y suficientemente tal idea, no por inconsistencia o incapacidad, sino porque su misma explicación indeterminista impediría dar respuestas de ese tipo:

En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, —sino que están emparentados entre sí de muchas maneras diferentes. (Wittgenstein, 2009b, p. 77).

El citado pasaje rechaza la determinación del sentido. El quiebre entre palabra y referencia indetermina la lengua no solo en el plano empírico a causa de la polisemia,

vaguedad o variedad de usos lingüísticos efectivos, ni en el contexto que hace variar al mismo en cada ocasión, pueblo, cultura o tiempo: así como no hay determinación del sentido en el plano ontológico, no lo hay en el plano semántico. Los juegos lingüísticos son abiertos porque la realidad lo es: “¿Pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes trazar uno: pues no hay aún ninguno trazado” (Wittgenstein, 2009b, p. 81).

La aparente univocidad de las palabras y la fuerza de su influjo confunden porque el nombramiento menta una extraña conexión entre la palabra y el objeto, es allí donde, según el austríaco, surgen las dificultades de la filosofía: “los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje hace fiesta” (Wittgenstein, 2009b, p. 53). Toda la historia de la disciplina estaría teñida de malentendidos de este tipo, sobre todo para la tradición platónica e idealista. Según Wittgenstein:

Estamos bajo la ilusión de que lo peculiar, lo profundo, lo que es esencial en nuestra investigación reside en que trata de captar la incomparable esencia del lenguaje. Esto es, el orden existente entre los conceptos de proposición, palabra, deducción, de verdad, de experiencia, etcétera. Este orden es un *super*-orden entre -por así decirlo- *super*-conceptos. (Wittgenstein, 2009b, p. 105)

El gran aporte wittgensteiniano a la filosofía del lenguaje, pieza clave del giro lingüístico, es considerar que no existe un plano metafísico ulterior de esencias, no hay un *super*-orden ontológico de *super*-conceptos o ideas. Buscar un orden trascendente que explique las categorías o palabras utilizadas en el lenguaje corriente es una tarea imposible y fantasiosa basada en la ilusión de existe un plano profundo que determina ontológicamente lo considerado superficial. Contrariamente, para Wittgenstein, la tarea de la filosofía no debe ser explicar, sino describir los problemas a través del funcionamiento del lenguaje para reconocerlos a través del malentendido, así, estos se resolverían “no aduciendo nueva experiencia, sino compilando lo ya conocido” puesto que “la filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de

nuestro lenguaje" (Wittgenstein, 2009b, p. 111).

Wittgenstein no es un filósofo fundacional: para él, no hay principios trascendentes, universales y racionales que funden el sentido ontológico, y por ende, el significado. Dado que no hay entidades trascendentes que justifiquen su ligazón suficiente y necesaria con las palabras, de la indeterminación ontológica se deriva una indeterminación del sentido. Sin embargo, Wittgenstein no es un pensador antifundacional sino posfundacional, como lo será también el posmarxismo: el lenguaje, constructo social cambiante, es contingente pero no arbitrario porque, aunque no exista un lazo necesario con el significado, existe un sentido provisorio aproximadamente determinado por las formas de vida según sus reglas establecidas en tiempo y espacio. Que el lenguaje esté reglado significa que tiene parámetros de corrección sociales para ser jugado y no existe el *lenguaje privado*.

En las *Investigaciones*, el tratamiento de la normatividad semántica es conocido como el *problema de las reglas*, dicha cuestión indaga por el modo en que los juegos lingüísticos son incorporados y continuados significativamente por los hablantes. Si no existen esencias o referencias que regulen el lenguaje ¿cómo establecer una regla para seguir que garantice el mismo juego para todos? Existen distintas interpretaciones sobre el problema: aquellas que encuentran en la obra un ataque a las condiciones de justificación y aquellas más radicales que encuentran un ataque a la idea misma de significatividad. El exponente más notorio de la segunda interpretación es Saul Kripke, a quien seguiré para exponer dicha cuestión.

En las conferencias inmortalizadas en su libro *Wittgenstein a propósito de reglas y lenguaje privado* (1982), Kripke sostiene que la negación wittgensteiniana a que exista un lenguaje privado es un subproducto o aplicación del argumento general involucrado en la solución de la paradoja escéptica. Ésta expresa que, a pesar de que la conducta lingüística de las personas se conforme por un conjunto finito de usos sígnicos, su correcta aplicabilidad es potencialmente infinita. Kripke demuestra que en las *Investigaciones* existe un argumento escéptico para el cual no hay hechos semánticos que justifiquen la normatividad: el puntapié de la paradoja residiría en el

§201, donde dice que una regla no puede determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla, de modo que si todo podría hacerse concordar o discordar con ella, no habría concordancia ni desacuerdo. El malentendido residiría en concebir la normatividad semántica como un conjunto de reglas previamente establecidas a su aplicación, pero Wittgenstein sostendría que la captación de una regla que no es una interpretación posterior al establecimiento de la misma, sino que se manifiesta de caso en caso de aplicación sustituyendo una expresión de la regla por otra.

Para Kripke, lo relevante no es preguntar por la posibilidad de un lenguaje privado sino de uno cualquiera: si el argumento escéptico muestra que no hay hechos semánticos, resulta paradójal que, a pesar de la inexistencia de hechos, haya significatividad (Kripke, 2006, p. 75). La solución wittgensteiniana a la paradoja escéptica, según él, es escéptica también: debe aceptarse la inexistencia de hechos semánticos, de metalenguaje, y resolver el conflicto asumiendo que una afirmación de este tipo no puede responderse por otra vía que la del mismo escepticismo, dado que de otro modo habría que mostrar la existencia de hechos semánticos concretos, por ende, la normatividad lingüística debe ser social.

Para Wittgenstein, seguir una regla es análogo a obedecer una orden (2009b, p. 185). Jugar correctamente el lenguaje es una forma de estar en el mundo con otros, una práctica social. Si la semántica wittgensteiniana no es un efecto de procesos externos sino un proceso social en sí mismo, la adquisición de reglas no debe entenderse como la ejecución de una regla *a priori* ordenada sino como un modo habitual de conducirse en comunidad.² Por su carácter constructivo y creativo, no todos deben hablar igual pero sus modos de hacerlo deben ser mínimamente compartidos, legibles. El adiestramiento semántico se da en las prácticas de la comunidad, y por eso, la respuesta sobre la corrección normativa puede responderse apelando al código social. La

² “Seguir una regla no es una cuestión de asociar usos pasados de un término con sus ocasiones de uso, y luego aplicar inductivamente ese término en circunstancias similares en el futuro. Seguir una regla presupone un compromiso de participar en la forma de vida en la que se juega ese juego de lenguaje” (Davis, 2002: 397).

corrección semántica remite a lo que los hombres convienen, puesto que para Wittgenstein verdadero y falso es lo que se dice y acuerda en el lenguaje, no como una congruencia de opiniones, sino de formas de vida (2009b, pp. 197-199).

Según la interpretación kripkeana, seguir una regla sin justificación no es algo que ocurre excepcional sino habitualmente, puesto que el lenguaje es una práctica sin sustento metafísico. Para él, existen tres elementos normativos: la concordancia como exhibición de conformidad conductual con la comunidad, la regularidad empírica en que se manifiestan y los criterios externos sin justificaciones adicionales (Kripke, 2006, pp. 107-116). El seguimiento de la regla revelaría un “bruto acuerdo” en las prácticas y criterios, sin embargo, ellos muestran algo más importante: entre el hablante y su interlocutor existe la mediación de una seguridad, la expectativa de que el otro diga lo que se espera ante una situación tal. Esta espera en la que descansa el lenguaje es la confianza intersubjetiva que forma los vínculos humanos: “Nuestras vidas enteras dependen de incontables interacciones como esas, y también del «juego» de atribuir a los demás el dominio de ciertos conceptos o reglas, mostrando así que esperamos que ellos se comporten como lo hacemos nosotros” (Kripke, 2006, p. 105). La normatividad semántica es social y la base de su práctica es la confianza, no en tanto ingenuidad, sino como aquello que hace y une a los miembros de una sociedad.

Según Staten (1984), Wittgenstein habría practicado la *deconstrucción* al cuestionar las identidades ideales en el sujeto, el objeto, el significado, las palabras y las reglas. Aunque el lenguaje sea social, tal comunión no predestina la intersubjetividad al consenso ni incluye la perspectiva de todos los hablantes. Así, Staten describe la figura del *exterior constitutivo*: toda comunidad o discurso mantiene su unidad en detrimento de un exterior excluido a través de una frontera de significación que asegura la unidad del grupo o discurso interno.

El indeterminismo wittgensteiniano resulta un hito en la filosofía posfundacional y en las ciencias sociales por su desmistificación del lenguaje como esencia trascendente en pos de la observación del uso, su consideración del mismo como contingente pero no arbitrario y su imposibilidad de literalidad y vínculo entre

lenguaje y formas de vida. Presentada su obra, mostraré cómo la apuesta wittgensteiniana cumple con los criterios proporcionados por Lecerele para la construcción de una filosofía del lenguaje marxista (Penelas, 2020, p. 123), más precisamente, a mi juicio, posmarxista: 1. El lenguaje como praxis, la íntima relación entre este y las formas de vida, cumple con el principio de no inmanencia; 2. el seguimiento de reglas entendido, no como la aplicación posterior a su comprensión, sino como una práctica social, cumple con el principio de disfuncionalidad que sostiene que el lenguaje no resulta meramente un instrumento a disposición del hablante sino una actividad; 3. el esfuerzo por comprender la diversidad de usos lingüísticos como una lucha contra el “embrujo” del lenguaje mediante la ilusión de “lo profundo” (Wittgenstein, 2009b, p. 105, 111) y la consideración de problemas filosóficos que surgen cuando el lenguaje “hace fiesta” (Wittgenstein, 2009b, p. 53) cumple con el principio de opacidad; 4. la performatividad lingüística presente en la idea de usos (Wittgenstein, 2009b, p. 37) y el análisis de su materia fónica y visual (Wittgenstein, 2009b, p. 153) cumple con el principio de materialidad; 5. la indeterminación ontológica y semántica presente en la ausencia de metalenguaje y la apertura permanente de la lengua cumple con el principio de sistematicidad parcial puesto que arremete contra la idea de un sistema metafísico y lingüístico total; y 6. la idea de algunos juegos de lenguaje como forma de vida que “nacen y otros envejecen y se olvidan” (Wittgenstein, 2009b, p. 37) cumple con el principio de historicidad.

Al márgen de esta interpretación lecercleana, han existido múltiples intentos de pensar la filosofía del lenguaje wittgensteiniana con la obra de Marx (Carver, 2002; Kitching, y Pleasants, 2002; Read, 2000) con el marxismo (Crary y Read, 2000; Beetz, 2006; Davis; 2002, La Licata, 2017; Sen, 2003) o la política (Heyes, 2003; Macón, 2006; Moore, 2006; Muñoz, 2004; Nagl y Mouffe, 2001; Temelini, 2015; Tully, 1989). En líneas generales, Marx y Wittgenstein acuerdan en que los humanos son criaturas corpóreas cuyos hábitos y pensamientos no son exclusivamente característicos de su conciencia subjetiva sino de la acción, que la comprensión de la acción humana lingüístico-política requiere un análisis de su contexto social, y que la inteligencia

humana solo emerge en y a través de la sociedad (Rubinstein, 1981, p. 2). Así, una interpretación de coherencia entre ambos haría hincapié en el elemento crítico por el cual el regreso al uso lingüístico cotidiano supondría un momento de liberación: así como Marx buscó revelar la ilusión fetichista de las relaciones laborales capitalistas a través de una reforma de la conciencia, Wittgenstein buscó exponer las ilusiones del uso metafísico del lenguaje (Rasiński, 2014, pp. 6-8).

Una filosofía del lenguaje (pos)marxista: Laclau y Mouffe lectores de Wittgenstein

En el presente apartado quisiera mostrar la influencia wittgensteiniana en el posmarxismo de Laclau y Mouffe centrándome en tres elementos: la noción de discurso, la formulación de la categoría de exterior constitutivo y la comprensión de las reglas.

Para renovar la tradición marxista, el posmarxismo se sostiene en el suelo metafísico de la indeterminación: para la teoría de Laclau y Mouffe ya no habrá determinación de la realidad social por parte de la economía, es decir, no habrá una base determinante respecto de la superestructura, tampoco habrá determinación de los agentes, las clases, ni la historia. De esa forma, la teoría posmarxista pensará la política, fundamentalmente, como apertura.

Siguiendo la afirmación de Althusser que sostiene que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado, nuestros autores deducen que lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico o sobredeterminado de las relaciones sociales implica que ellas carecen de literalidad última, en este sentido:

No habría, pues, dos planos, uno de las esencias y otro de las apariencias, dado que no habría la posibilidad de fijar un sentido literal último, frente al cual lo simbólico se constituiría como plano de significación segunda y derivada. La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia y sus regularidades consistirían tan solo en las formas relativas y precarias de fijación que han

acompañado a la instauración de un cierto orden. (Laclau y Mouffe, 2015, p. 134).

La radicalización del concepto de sobredeterminación permite a Laclau y a Mouffe concebir la apertura de las identidades sociales junto a una teoría de la articulación, para las cuales la noción de discurso será de gran importancia al permitir desarrollar una concepción lingüística de la hegemonía.

Basándose en los juegos de lenguaje, Laclau y Mouffe radicalizan la idea de sobredeterminación hasta llegar a la noción de discurso. Dado que no hay un plano de esencias determinantes y otro de apariencias determinadas, no hay un orden lingüístico primario y otro derivado, ni uno necesario y otro contingente, se disuelve la idea de que lo simbólico se sostenga como alienación sobre un orden objetivo. Si la sobredeterminación en última instancia no está fijada por la economía, ni por ninguna base o esencia fija, el orden simbólico sólo se sostiene por la aceptación, la influencia y la creencia compartida en cierta *forma de vida*. Así, el discurso será la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora que establece una relación entre elementos tales que sus identidades resultan modificadas como resultado de dicha práctica (Laclau y Mouffe, 2015, p. 143). Heredera de los juegos lingüísticos wittgensteinianos, la idea de discurso precisa de la apertura de las identidades políticas a través de la noción de articulación. La identidad podría basarse en la indeterminación de la ontología y el sentido descritos por Wittgenstein, y sin duda, en la idea de exterior constitutivo, derivada de su obra y la de Derrida.

Según el antiesencialismo identitario, no existen identidades esenciales que constituyan de forma necesaria y determinante a los sujetos, sino formas de identificación. Los agentes sociales se constituyen a través de múltiples posiciones discursivas que no se rigen por una relación necesaria y no pueden fijarse de modo definitivo en un sistema cerrado de diferencias. Así, la identidad de los sujetos se revela contingente, precaria y movilizadora por la sobredeterminación.

Dichas identidades se constituyen siguiendo la lógica de *exterioridad*

constitutiva que indica que toda identidad radica en la afirmación de una diferencia, es decir, los sujetos se determinan a sí mismos en relación a aquello que no son, diferenciándose de un otro exterior. El concepto de exterior constitutivo es tomado por Laclau y Mouffe de Henry Staten, quien en su obra *Wittgenstein and Derrida* (1984), sostiene que esta expresión se refiere a una dimensión exterior que deviene necesaria para la constitución de un fenómeno interno, de modo que el afuera constituiría la condición de posibilidad de un adentro. Dado que las identidades subjetivas no están determinadas, si X se constituye a partir de $\neg X$, $\neg X$ funcionaría como límite o exterior a la identidad de X negándola y afirmándola a través de la misma negación. Como resultado de este movimiento, aquello que posibilita la afirmación positiva de una identidad, también evita que se cierre por completo (Staten, 1984, p. 17). Según la tesis de Staten, mientras que la gramática metafísica ha subordinado el accidente a la esencia y lo empírico a lo lógico, la gramática deconstructiva funciona de manera contraria, deformando e impidiendo que se alcance una forma trascendental. Según él, los juegos de lenguaje wittgensteinianos y la *différance* derridiana participarían de esta última gramática, al presentar una ley esencial de contingencia y determinar aproximadamente el lenguaje sin estar ellas mismas determinadas (Staten, 1984, p. 134).

La indeterminación de las identidades políticas se desplaza también al plano social, expresando la falta de un fundamento ontológico en la cual no existe una conexión necesaria entre los conceptos significantes y los objetos ideales o reales como significados. Conceptos como “pueblo” o “sociedad” generan, en términos wittgensteinianos, una ilusión de profundidad en la cual debemos deshacernos del embrujo esencialista del lenguaje para preguntarnos: ¿Existe una homogeneidad bajo la pluralidad de expresiones a las que denominamos con estos términos? Para Laclau y Mouffe la indeterminación social reside en su falta de unidad: el principio necesario e imposible de lo social está fracturado en la pluralidad que genera el antagonismo que articula las identidades en su diferencia mutua. Cabe aclarar que, en este contexto, con la expresión “falta de unidad” me refiero a un sentido ontológico o fundacional: si bien existen operaciones discursivas que crean una unidad a través de la articulación de

significantes vacíos, con falta de unidad me refiero al antagonismo que impide el cierre de lo social. Aunque en un nivel óptico, en la praxis histórica, sean posibles las unificaciones políticas y las totalizaciones discursivas, en un nivel ontológico, referente a la búsqueda de fundamentos últimos, la unidad y la totalidad es imposible.

Siguiendo a Wittgenstein, podríamos delimitar aproximadamente conceptos como “pueblo” o “sociedad” para usarlos con cierto sentido, es decir, dar un cierre aproximado a las categorías políticas que permitan designar discursivamente su unidad o su totalidad, la extensión de los mismos nunca podrá cerrarse definitivamente. Trazar un límite sería, en este caso, adoptar un lenguaje común para hablar de lo imposible: si el lenguaje es una forma de vida, lo imposible no solo es designar lo mismo con palabras, sino vivir unívocamente. Se asume una idea de lo social como ficción heurística para poder compartir y operar políticamente, aunque la totalidad social como orden unificado sea inalcanzable.

Dado que el lenguaje es independiente de la intención de los sujetos de hacerlo significar, puede entenderse como algo común, sin embargo, tal esfera compartida no garantiza el consenso ni incluye a todos los hablantes. Según Staten, el exterior constitutivo según Derrida y Wittgenstein mostraría que toda comunidad mantiene su unidad en detrimento de un exterior que es excluido a través de una frontera de significación que asegura la unidad del grupo o del discurso interno (Staten, 1984, p. 111). La idea wittgensteiniana de juego de lenguaje también funciona bajo un exterior constitutivo: considerando que los juegos son formas de vida, el interior de los mismos solo puede ser una unión limitada a nivel sociopolítico, solo por la exclusión de ciertos juegos, es que existe uno legítimo que establece el interior comunitario, y solo al amparo de esta frontera podemos seguir la regla o norma sin elegir. Según Staten, la razón pragmática muestra a los sujetos que su pertenencia comunitaria valida los actos lingüísticos a los que sus intuiciones guían, quienes no compartan estas intuiciones serán considerados externos a la comunidad (Staten, 2001, p. 59).

La postura posmarxista de la política que enfatiza el afecto, el conflicto o los aspectos excedentes a la racionalidad, también encuentra un correlato en la obra

wittgensteiniana, cuya concepción lingüística no se agota en la razón y la comunicación de argumentos. Al respecto, el austríaco resalta la irresolubilidad del conflicto y la importancia de la persuasión:

Cuando lo que se enfrenta realmente son dos principios irreconciliables, sus partidarios se declaran mutuamente locos y herejes.

He dicho que «combatiría» al otro —pero ¿no le daría *razones*? Sin duda; pero ¿hasta dónde llegaríamos? Más allá de las razones, está la *persuasión*. (Piensa en lo que sucede cuando los misioneros convierten a los indígenas.) (Wittgenstein, 2009c, p. 809).

El conflicto social no puede resolverse a través de razones porque no existe un metalenguaje en que el lenguaje pueda compararse para resolver las discusiones. Aquí, la razón comparte el espacio discursivo con el afecto, las pasiones y fundamentalmente con las prácticas:

Podemos inspirarnos en Wittgenstein quien, como he mostrado, proporciona intuiciones muy importantes para una crítica del racionalismo. De hecho, en sus últimas obras destaca el hecho de que, para llegar a un acuerdo en materia de opiniones, ha de haber primero un acuerdo en las formas de vida. En su opinión, no basta con estar de acuerdo en la definición de un término, sino que es preciso estar de acuerdo también en la forma de utilizarlo (...) Los procedimientos se pueden aceptar y seguir porque están inscritos en formas de vida compartidas y porque hay acuerdo en los criterios. No pueden ser entendidos como reglas que se crean sobre la base de unos principios para aplicarse luego a casos específicos. Para Wittgenstein las reglas son siempre compendios de las prácticas, y son inseparables de las formas de vida específicas. (Mouffe, 2012, p. 110).

El lenguaje es una práctica y como no hay metalenguaje que funcione como punto

arquimédico para las mismas, el discurso yace en la *indecidibilidad* de la normatividad social. Según Wittgenstein, la captación de la regla no es la interpretación de una norma anterior, sino que se manifiesta en cada aplicación; como el lenguaje no es la consecuencia de procesos externos sino un proceso social en sí, la práctica reglada no ejecuta una regla establecida con antelación, sino un modo habitual de conducirse en comunidad. De esta forma la creencia en los valores políticos, según Mouffe, no depende de un fundamento racional sino de la normatividad social, aquello a lo que Wittgenstein se refiere como un “apasionado compromiso con un sistema referencia”, de modo que, pese a ser una creencia, esto sea una forma de vida o un modo de evaluarla (Mouffe, 2012, p. 111). En este sentido, según la autora, el contextualismo wittgensteiniano, ayudaría a problematizar la perspectiva liberal que pregona un diálogo pretendidamente neutral y/o racional (Mouffe, 2012, pp. 75-78).

La potencia de las reglas wittgensteinianas radica en la misma indecidibilidad de la regla: si la aplicación de una palabra no está absolutamente delimitada por reglas que impiden introducir la duda (Wittgenstein, 2009b, p. 95), es preciso ver el uso efectivo de los términos, su contaminación y complementación en el discurso. Por un lado, las reglas cuestionan la significatividad del discurso mostrando la falta de esencia y de límites de los conceptos, por otro lado, cuestionan la rigidez en el uso de los mismos.

Tras la elaboración inicial del concepto de discurso en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Laclau lo describió como atravesado intrínsecamente por la *dislocación*. Esta noción eleva al epicentro del discurso el elemento de crisis, enfatizando en la negatividad inherente a la experiencia humana que amenaza y subvierte lo simbólico.

Tomemos un ejemplo inspirado por Wittgenstein. Supongamos que comienzo enunciando la serie numérica 1, 2, 3, 4, y pido a alguien que la continúe. La respuesta espontánea será 5, 6, 7, etc. Pero a esto puedo aducir que la respuesta es errónea, ya que la serie en la que estoy pensando es 1, 2, 3, 4; 9, 10, 11, 12; 17, 18, 19, 20, etcétera. Pero si mi interlocutor cree que ahora ha entendido la

regla e intenta seguirla continuando la serie en la forma enunciada, puedo aún aducir que está equivocado, ya que mi enunciación inicial era tal sólo el fragmento de una serie distinta —por ejemplo, una que comprendería tan sólo los números de 1 a 20, de 40 a 60, de 80 a 100, etcétera. Y obviamente, puedo siempre modificar la regla continuando la serie de manera distinta. Como se ve, no se trata aquí de que la coherencia de una regla no logra realizarse nunca de modo completo en la realidad empírica, sino de que, por el contrario, la regla misma es indecidible en términos de serie enunciada en cuanto tal, y puede ser transformada por cada nueva adición. Todo depende, como diría Lewis Carroll, de quien está en control. Se trata, en el más estricto sentido del término, de una cuestión de hegemonía. Pero en este caso, si la serie es indecidible en términos de su misma estructura formal, el acto hegemónico no será la *realización* de una racionalidad estructural que lo precede sino un acto de *construcción* radical. (Laclau, 1993, p. 46).

La continuación de una regla sin justificación no revela la expresión de una excepción, sino una cualidad fundamental del lenguaje como práctica. El carácter *dislocado* o *indecidible* de la regla remite a la imposibilidad de su realización que trasciende a su ejecución fáctica: ella no puede constituirse como una regla cerrada puesto que cada adición transforma la regla y cada ejecución requiere una decisión que en términos ontológicos permanece injustificada, en palabras de Wittgenstein “más correcto que decir que se necesita una intuición en cada punto, sería casi decir: se necesita una nueva decisión en cada punto” (2009b, p. 171). La indecidibilidad de la regla revela su falta de fundamento, mostrando cómo en las prácticas sociales se quiebra el orden de lo calculable, dislocando la práctica misma y forzando a ejercer un salto decisivo que solo puede realizar quien tiene el poder en términos de hegemonía. Esta última categoría debe entenderse siempre, en la obra de Laclau y Mouffe, como una lógica de la articulación y de la contingencia implantada en la propia identidad de los sujetos (Laclau y Mouffe, 2015, p. 124).

La originalidad de pensar la hegemonía desde la perspectiva wittgensteiniana está dada por la aplicación del paradigma descriptivo-normativo de la gramática constituido a través del conjunto de prácticas que articulan el uso de los conceptos al ámbito de la acción, permitiendo reflexionar, no solamente sobre el discurso político, sino también sobre las formas de vida que, en última instancia, también son políticas (Muñoz, 2004, p. 95).

La indecidibilidad del acto hegemónico no se presenta como la realización de una racionalidad anterior sino como una construcción radical o la decisión en cada punto, sea el seguimiento esperado de la regla o la innovación por la cual se instaura una nueva regla que delimita lo posible o esperable en cada momento. Por eso, la construcción hegemónica requiere, además de fuerza, cierto acuerdo a través del que se construye la legitimidad de las prácticas, para que las ejecuciones novedosas de la regla no sean consideradas “incorrectas” o “malas”. En este sentido, la hegemonía busca subvertir el campo de lo posible para trazar nuevas reglas y afianzarlas para que predeterminen la forma de seguimiento esperable, puesto que, según Wittgenstein, “las interpretaciones solas no determinan el significado (...) alguien se guía por un indicador de caminos solamente en la medida en que haya un uso estable, una costumbre.” (2009b, p. 181).

El seguimiento espontáneo de la regla se parece más a la coordinación de un movimiento que a una legitimación trascendental, si la vida humana es la vida en el lenguaje y ella es la vida con otros, entonces el confiar más básico parece ser el confiar en los otros (Penelas, 2020, p. 193), pero, como la confianza intersubjetiva nunca es total, la estructura está permanentemente dislocada. Sugiero comprender la dislocación de lo social de este modo: no hay metalenguaje que justifique el discurso, éste solo se sostiene por la confianza del vínculo entre los miembros de una comunidad; sin embargo, la totalidad social es imposible, y, por ende, la absoluta confianza, acuerdo y unidad también lo son.

Entiendo que el posmarxismo cumpliría con los requisitos presentados por Lecercle para la construcción de una filosofía del lenguaje marxista, puesto que: 1. la

categoría de discurso cumple con el principio de no inmanencia puesto que, al desarmar la oposición clásica estructura-superestructura entre otras relaciones de determinación, muestra la imposibilidad de separar el lenguaje del mundo del que emerge y del que es parte; 2. la conformación antiesencialista de las identidades políticas y su identificación discursiva, cumple con el principio de disfuncionalidad puesto que revela que el lenguaje no es un objeto distinto de los hablantes y a su disposición sino que es parte de su misma constitución; 3. la recuperación de conceptos como sobredeterminación, campo simbólico, reglas e identificación cumplen con el principio de opacidad que niega la transparencia del lenguaje, puesto que los sujetos no son plenamente conscientes de la sobredeterminación de su actuación, de la importancia de lo simbólico, de sus modos de identificación o su adhesión espontánea a reglas, en este sentido, el sujeto posmarxista siempre negocia sus expresiones con el discurso puesto que aquel les permite hablar con y en contra suyo; 4. el principio de materialidad que explica la intrínseca conexión entre acción y lenguaje se expresa en todas las categorías posmarxistas, desde la expresión material del discurso en las instituciones y prácticas, hasta la conformación discursiva de los actores políticos; 5. la idea de discurso expresa por antonomasia el principio de sistematicidad parcial, puesto que el discurso no es cerrado y total sino abierto y parcial en constante variación, la noción de dislocación, que revela el discurso es inherentemente abierto y atravesado por la crisis, la negatividad y el carácter accidental y contingente de toda formación es fundamental para su comprensión; 6. por último, la idea de hegemonía y su basamento en la cuestión wittgensteiniana de la normatividad cumple con el principio de historicidad, puesto que muestra que el lenguaje está constituido por procesos de sedimentación histórica de reglas, juegos y significados, puesto que el discurso revela la imposición, la permanencia y la mutación resultante de las relaciones sociales de poder.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, intenté mostrar la influencia de la obra del llamado “segundo”

Wittgenstein en la teoría de Laclau y Mouffe y su contribución para la construcción de una filosofía posmarxista del lenguaje referenciándome en la propuesta de Lecercle (2006), quien propone el desarrollo de una filosofía del lenguaje capaz de enfrentar a la filosofía del lenguaje dominante. Para cumplir con los propósitos de mi trabajo y ser fiel a mi interpretación hice una pequeña aclaración: no cualquier filosofía marxista cumple con los principios propuestos por Lecercle para una construcción de una semántica contraria a la dominante, dado que ni siquiera Marx se habría ajustado a ellos, sino que una versión peculiar de dicha corriente, como lo es el posmarxismo, podría cumplir con tales principios. Para ello, describí el posmarxismo a través de tres elementos centrales: el indeterminismo y el constructivismo de lo social propios de la teoría del discurso, la dislocación de las categorías de antagonismo y agente social, y la comprensión del socialismo como un modo de la revolución democrática (Laclau y Mouffe, 1990, p. 145).

Si, según Lecercle, la filosofía del lenguaje dominante se basa en los seis principios de inmanencia, funcionalidad, transparencia, idealidad, sistematicidad y sincronía, una filosofía marxista o contraria al lenguaje dominante debería basarse en seis principios opuestos: no inmanencia, disfuncionalidad, opacidad, materialidad, sistematicidad parcial e historicidad. Siguiendo esta caracterización, realicé una breve aproximación a la obra de Wittgenstein con el objetivo de mostrar el cumplimiento de dichos contraprinicipios. Luego, expuse los elementos filosóficos del pensamiento del austríaco más influyentes para la teoría de Laclau y Mouffe, para demostrar cómo su aporte permite a los autores desarrollar un posmarxismo que también cumpliera con los seis contraprinicipios propuestos por Lecercle.

Al exponer los aportes filosóficos de Wittgenstein me centré la noción de juegos de lenguaje que revela la constitución ontológicamente indeterminada del lenguaje pero reglada aproximadamente por convenciones sociales. De la indeterminación ontológica, Wittgenstein deduce una indeterminación del sentido: al no haber esencias o entidades trascendentes y universalmente racionales que fijen la palabra al significado, los juegos lingüísticos son abiertos porque la realidad lo es. La falta de

determinación de la lengua no solo se expresa empíricamente, a razón de la polisemia, vaguedad o variedad de los usos efectivos de las palabras, ni en el contexto cambiante por ocasión, pueblo, cultura o tiempo, la indeterminación semántica se constituye como correlato de la indeterminación de la ontología. Así, los juegos de lenguaje no constituyen un concepto cerrado sino aproximadamente determinado bajo la analogía de los *parecidos de familia*: estos no tienen definición rígida, única o inequívoca, así como los miembros de una familia se parecen en rasgos que no comparten enteramente entre todos ellos, los juegos de lenguaje comparten una red lingüística donde algunos se parecen a otros y no existen rasgos esenciales que definan a todos (Wittgenstein, 2009b, pp. 79-81). La multiplicidad contemplada en los parecidos familiares no sólo ayuda a comprender la polisemia del lenguaje sino también la polemicidad de los conceptos políticos cuyos significados se debaten con el objetivo de reglar determinados usos (Muñoz, 2004, p. 100). Aquí, la normatividad semántica no debe entenderse como el establecimiento apriorístico de una norma sino como la congruencia de formas de vida (Wittgenstein, 2009b, pp. 197-199).

A mi juicio, dicha filosofía cumple con los seis contraprinicipios lecercleanos puesto que: 1. la íntima relación entre lenguaje y formas de vida respeta el principio de no inmanencia; 2. el seguimiento de reglas como una práctica cumple con el principio de disfuncionalidad; 3. la comprensión desencializar el lenguaje cumple con el principio de opacidad; 4. la performatividad presente en la idea de usos cumple con el principio de materialidad; 5. la indeterminación ontológica y semántica que niega idea de un sistema metafísico y lingüístico total cumple con el principio de sistematicidad parcial; y 6. el principio de historicidad se cumple al entender que algunos lenguajes “nacen y otros envejecen y se olvidan” (Wittgenstein, 2009b, p. 37) al igual que cambian las formas de vida.

Luego, al exponer la teoría de Laclau y Mouffe me centré en tres aspectos sumamente influidos por la obra wittgensteiniana y que edifican los cimientos del posmarxismo: la noción de discurso, la formulación de la categoría de exterior constitutivo y la comprensión de las reglas. Primero, el discurso, como totalidad

estructurada resultante de la práctica articuladora disuelve, en su afinidad con los juegos lingüísticos, la idea de que lo simbólico se sostenga como alienación sobre un orden objetivo. El carácter discursivo de las prácticas y objetos no niega su existencia física, sino que los muestra insertos en una totalidad significativa (Guerrero, 2012, p. 13). Segundo, la exterioridad constitutiva, tomada de la recepción de Derrida y Wittgenstein realizada por Staten, demuestra la construcción identitaria de un interior en oposición y como expulsión de un afuera productivo. Y tercero, las reglas, comprendidas wittgensteinianamente, son los ordenadores aproximados del discurso que en tanto no se establecen necesaria y previamente sino como una decisión en el terreno indecible de la contingencia, permiten disputar la hegemonía política en un campo abierto. Dado que no hay fundamentos ontológicos universales para el lenguaje ni la política, un orden político debe entenderse como un juego posible entre otros, por eso, una democracia radical no requiere una teoría de la verdad universal sino múltiples prácticas que ensanchen el campo discursivo en pos de una mayor inclusión; y dado que las reglas no son más que formas de vida, lo procedimental y lo sustancial debe concebirse como inseparable (Giacaglia, 2005, pp. 132-133).

Por influencia de la concepción wittgensteiniana del lenguaje, a mi juicio, también el posmarxismo laclausiano-mouffiano cumple con los contraprinicipios propuestos por Lecercle para combatir a la filosofía del lenguaje dominante: 1. la categoría de discurso muestra la imposibilidad de separar el lenguaje del mundo acuerdo al principio de no inmanencia; 2. la conformación antiesencialista de las identidades políticas y su identificación discursiva, cumple con el principio de disfuncionalidad puesto que revela que el lenguaje no es un objeto distinto de los hablantes y a su disposición sino que es parte de su misma constitución; 3. dado que los sujetos no son plenamente conscientes de la sobredeterminación simbólica de su actuación, de sus identificaciones o su adhesiones a reglas, estos negocian sus expresiones con el discurso de acuerdo al principio de opacidad; 4. la expresión material del discurso en las instituciones y prácticas y la conformación discursiva de los actores políticos cumple con el principio de materialidad mostrando la íntima

conexión entre lenguaje y acción; 5. dada la apertura del discurso descrito a través de la noción de dislocación, que muestra el atravesamiento de la identidad y la contingencia de toda formación discursiva, este cumple y ejemplifica por excelencia la idea que sustenta el principio de sistematicidad parcial; y 6. la lógica hegemónica y su basamento en la sedimentación y pugna por la constitución y cambio de las reglas cumple con el principio de historicidad.

Aunque concibo la filosofía de Wittgenstein como un elemento sumamente útil e influyente en el posmarxismo, debo admitir que Laclau y Mouffe realizan una apropiación crítica de los conceptos wittgensteinianos que no se restringe a la asimilación pasiva de los mismos sino una retraducción en el ejercicio constitutivo su propia teoría. En ella, los aportes más significativos de las *Investigaciones* se conjugan con aportes de diversos marcos teóricos y otros autores que también sirven de influencia para el posmarxismo.

Basándome en la imbricación wittgensteiniana entre lenguaje y prácticas, intenté mostrar la relevancia de realizar una reflexión epistémica sobre la teoría semántica y sus implicancias para la teoría política. En mi argumentación, me valí de los aportes de Lecercle, quien no ha sido trabajado en el cruce de la filosofía wittgensteiniana y Laclau, ni ha sido profusamente puesto en valor con el posmarxismo, para mostrar un modo que considero particularmente lúcido y ordenado de tratar esta cuestión.

Espero haber mostrado con claridad, a través de este trabajo, la importancia de la filosofía wittgensteiniana para la construcción de una filosofía del lenguaje posmarxista y el uso relevante que Laclau y Mouffe realizan de la misma, constituyendo ellos también una apuesta teórica ambiciosa contra la filosofía del lenguaje dominante.

Referencias bibliográficas

- Beetz, Johannes (2016). *Materiality and Subject in Marxism, (Post-)Structuralism, and Material Semiotics*. Palgrave Macmillan.
Carver, Terrell (2002). Marx, Wittgenstein and postmodernism. En G. Kitching y N.

- Pleasants (Eds.) (2002). *Marx and Wittgenstein. Knowledge, morality, and politics* (pp. 95-110). Routledge.
- Crary, Alice (2000). Wittgenstein's philosophy in relation to political thought. En A. Crary y R. Read (Eds.). (2000). *The new Wittgenstein* (pp. 118-145). Routledge.
- Crary, Alice y Read, Rupert (Eds.). (2000). *The new Wittgenstein*. Routledge.
- Davis, John (2002). Gramsci, Sraffa, Wittgenstein: philosophical linkages. *The European Journal of the History of Economic Thought*, 9 (3), pp. 384-401.
- Giacaglia, Mirta (2005). Ch. Mouffe y E. Laclau: una lectura de los aportes de Ludwig Wittgenstein para pensar la idea de democracia radical y plural. *Tópicos Revista de Filosofía de Santa Fe*, 12, pp. 125-136.
- Guerrero, Manuel (2012). Pensar lo social desde los “juegos de lenguaje” como posibilidad de la democracia: el momento wittgensteiniano en el pensamiento social y político de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Revista Trabajo Social*, 81, pp. 7-20.
- Heyes, Cressida (Ed.). (2003). *The grammar of politics. Wittgenstein and political philosophy*. Cornell University.
- Ives, Peter (2005). Language, Agency and Hegemony: A Gramscian Response to Post-Marxism. *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 8 (4), pp. 455-468.
- Kitching, Gavin y Pleasants, Nigel (Eds.). (2002). *Marx and Wittgenstein. Knowledge, morality, and politics*. Routledge.
- Kripke, Saul (2006). *Wittgenstein a propósito de reglas y lenguaje privado* (José Rodríguez Marqueze, Trad.). Universidad Nacional de México.
- Laclau, Ernesto (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Ernesto Laclau, Trad.). Nueva visión.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1990). Posmarxismo sin pedido de disculpas (Ernesto Laclau, Trad.). En E. Laclau (1993) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 111-145). Nueva visión.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Ernesto Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- La Licata, Emiliano (2017). The Marxism of Wittgenstein. Ponencia presentada en el 40° International *Wittgenstein Symposium, Kirchberg-Wechsel*, 6 al 12 de agosto de 2017. Recuperado de: https://www.academia.edu/33719661/The_Marxism_of_Wittgenstein_An_Overview
- Lecerle, Jean-Jacques (2006). *A marxist philosophy of language*. (Gregory Elliott, Trad.). Brill.
- Macón, Cecilia (2006). “Pasiones, cambio político y conflictividad esencial: ¿hacia una esfera pública contingente?”. En F. Penelas y G. Satne, (Eds.). *Gramáticas, juegos y silencio. Discusiones en torno a Wittgenstein*. Grama ediciones.
- Moore, Matthew (2004). The politics of Wittgenstein. *Polity*, 36(4), pp. 665-679.
- Mouffe, Chantal (2001). Wittgenstein and the ethos of democracy. En L. Nagl y C.

- Mouffe (Eds.). (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* (pp. 131-138). Peter Lang.
- Mouffe, Chantal (2012). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea* (Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Trad.). Gedisa.
- Muñoz, María Teresa (2004). El discurso político. Notas para un acercamiento wittgensteiniano. *Signos Filosóficos*, 4(12), pp. 93-115.
- Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (Eds.). (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction*. Peter Lang.
- Penelas, Federico (2020). *Wittgenstein*. Galerna.
- Rasiński, Lotar (2014). From “Unhappy Consciousness” to “Parasitic Language”. The Concept of Alienation in Hegel, Marx, and Wittgenstein. *Hegel Jahrbuch* 2014(1), pp. 423-427.
- Read, Rupert (2000). Wittgenstein and Marx on 'Philosophical Language'. *Essays in Philosophy*, 1(2), pp. 41-81.
- Rubinstein, David (1981). *Marx and Wittgenstein. Social praxis and social explanation*. Routledge & Kegan Paul Ltd.
- Sen, Amartya (2003). Sraffa, Wittgenstein, and Gramsci. *Journal of Economic Literature*, 41 (4), 1240–1255. <https://doi.org/10.1257/jel.41.4.1240>
- Staten, Henry (1984). *Wittgenstein and Derrida*. University of Nebraska.
- Staten, Henry (2001) Wittgenstein's deconstructive legacy. En L. Nagl y C. Mouffe (Eds.). (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* (pp. 43-62). Peter Lang.
- Temelini, Michael (2015). *Wittgenstein and the study of politics*. University of Toronto.
- Tully, James (1989). Wittgenstein and Political Philosophy. *Political Theory*, 17 (2), 172-204. <https://doi.org/10.1177/0090591789017002002>
- Wittgenstein, Ludwig (2009a) *Tractatus logico-philosophicus* (Jacobó Muñoz Veiga e Isidoro Reguera Pérez, Trads.). En *Ludwig Wittgenstein 1*. Gredos. (Trabajo original publicado en 1921).
- Wittgenstein, Ludwig (2009b). *Investigaciones filosóficas* (Alfonso García Suárez y Carlos Ulises Moulines, Trads.). Gredos (Trabajo original publicado en 1953).
- Wittgenstein, Ludwig (2009c) Sobre la certeza (Josep Luís Prades y Vicent Raga, Trads.). En *Ludwig Wittgenstein 1*. Gredos. (Trabajo original publicado en 1969).